

# El señor Smith vuelve a Washington

Vicente Sánchez-Biosca

No ha sido el melodrama un género demasiado frecuente en las historias del telefilm. A diferencia del éxito cosechado por su correspondiente cinematográfico, la televisión parece no mostrar el menor interés por el llanto. Y, si miramos un poco más de cerca, las cosas no son en absoluto así, pues la ficción televisiva llora a su manera —que es abundantísima—, si bien busca un lugar más grato para hacerlo, más callado, cuando nadie hay en la casa, en las mañanas del invierno. Esto significa que la televisión vierte sus lágrimas por episodios, muy poco a poco, pero infatigablemente, día tras día. Dicho de otra manera, quedaría así: la televisión se lamenta y enseña sus lágrimas por las mañanas, al compás que le enseñaron la literatura femenina, el folletín, la fotonovela y su más cercano familiar: la telenovela.

Rara vez —nunca, al menos, que yo recuerde— se ha aclimatado el melodrama en los horarios punta de TV (la frivolidad y altos vuelos de las telenovelas del prime-time, tipo *Dallas* o *Dinastía*, hacen difícil hablar de melodrama). Pero —eso sí— su esporádica entrada en escena ha sido fructífera a la hora de dar una tonalidad emotiva a diversos momentos de otras series a las que ha salpicado poniéndole la pizquita necesaria de sentimiento. A pesar de

todo, una figura sí intentó el vaciado lacrimógeno en el telefilm. Fue el ilustre Michael Landon. Lejano protagonista de *Bonanza*, donde interpretaba al hijo menor, siguió el ejemplo de *Los Monroe* y creo *La casa de la pradera*, escrita por Ingalls Wilder. Era ésta una curiosa intromisión en el western decadente: en lugar de pioneras familias, en lugar de luchas heroicas «aurea mediocritas», en lugar de magnos acontecimientos simple cotidianeidad. Estábamos en medio de las sagas familiares. Pero, además, Landon insistía en los personajes y situaciones melodramáticas: chica ciega, niño huérfano, ruina económica que provoca el éxodo de la familia...

Aquello —nos lo pudimos temer en su día— sólo era el comienzo. Desde 1984, convertido en productor, director, guionista e intérprete, Landon, cual Chaplin con cazadora y calzado deportivo, vuelve a la carga con su *Autopista hacia el cielo*. Su punto de partida no sólo es el «aprendizaje» logrado tras sus largos años de dramón televisivo, sino el filón explorado por los melodramas-comedia de Frank Capra. Es así como esta serie escogía el punto de vista del hombre corriente, sus pequeños problemas, sus dramas en silencio, escritos todos ellos con minúscula. Y también así desfilaba una galería de personajes de notoria

«actualidad»: el mal estudiante y buen deportista, el niño que quiere ser hombre y da disgustos a sus padres, la chica gordita que come pasteles con instinto rabiosamente destructor... Los motivos más universalmente americanos daban cobijo a estos arquetipos: la muerte, la enfermedad, la dolorosa adolescencia... Sólo que en esta estructura se interfiere algo ajeno al cine de Capra, algo que el italiano no podría ni sospechar: el triunfo del hombre medio, del liberalismo americano, se torna aquí redención angelical (su intérprete —¿cabe alguna duda?— es el propio Michael Landon). El camaleónico personaje se presenta, pues, como maestro de escuela, clérigo o cualquier otra cosa, siempre presto a brindar la salvación a los que están en el error o a los simplemente malvados.

Para despejar incógnitas, que alguien repare en el arranque: un plano aéreo entre las nubes. Un resplandor al fondo (¿recuerda alguien el prólogo de *¡Qué bello es vivir!*?). Este imaginario camino entre nubes se convierte en una carretera algo más terrestre en cuyo extremo se perfila una silueta, todavía etérea y demasiado estilizada para ser humana. Antes de su figuración definitiva, vemos el plano de una sombra itinerante. Por último, el protagonista, de cuerpo presente, avanza por el camino. Con minucia, pues, se ha relatado en breves planos la corporeización de este ángel que desciende a la tierra para deshacer entuertos, pues Landon no cesa de dar la vara para conseguir la realización del bien.

Pero si curiosa es la semejanza con las películas de Capra, más lo es su diferencia: lo que un día fue populismo, hoy se torna milagro, el triunfo ingenuo del hombre corriente (siempre americano, claro) contra los grandes de la historia, se convierte en presencia de un mesías (y en este término no hay apenas metáfora alguna). No es casual que Jonathan Smith (así se llama el protagonista de *Autopista hacia el cielo*) viaje también, como el célebre protagonista de un film de Capra, a Washington. Pero, a diferencia de éste, su objetivo no es humano, político y populista, sino divino. Con el mismo título del film de Capra —*Mr. Smith goes to Washington*—, la cita expresa de Landon revela a un mismo tiempo su referente y su desfachatez: en Washington, el hijo pequeño de los Cartwright, ahora crecido, hará literalmente más milagros que un santo. Y no puede extrañar, porque un ángel es de hecho más que un santo.



El  
cow-boy  
cambió  
el sombrero  
y la  
mecedora  
por la ruta  
milagrosa  
hacia  
Washington

Papers de **Cultura**

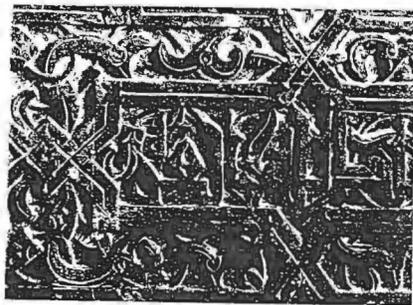


**Carles Santos,  
la música y la escena**



Aprofitant la commemoració del 750 aniversari de la caiguda de la València àrab (1238) se celebrarà una trobada científica sobre IBN-AL-ABBAR, l'escriptor i polític àrab valencià gran protagonista de les vicissituds polítiques i culturals de les darreres dècades del poder àrab a Xarc-al-Andalus.

IBN-AL-ABBAR



i el seu temps

Informacions a:

Ajuntament d'Onda.  
C/ del Pla, 1 - 12200 Onda

Servei de Publicacions de la Conselleria  
de Cultura  
Avgda. de Campanar, 32 - 46015 València

Departament d'Estudis Àrabs de la  
Universitat d'Alacant.  
03960 Sant Vicent del Raspeig.

Organitzen i patrocinen:



GENERALITAT VALENCIANA  
CONSELLERIA DE CULTURA, EDUCACIÓ I CIÈNCIA



UNIVERSIDAD DE ALICANTE  
UNIVERSITAT D'ALACANT



AJUNTAMENT D'ONDA



AL-ANDALUS-92  
El Redescubrimiento de la España Árabe